

La educación en debate #58

Suplemento

marzo
2018

 Universidad
Pedagógica
Nacional

¿Para qué sirve ir a la escuela?

por Daniel Duarte*

La institución escolar combina, como ninguna otra, los aspectos objetivos y subjetivos que atraviesan a una sociedad determinada. Las condiciones de vida (laborales, medioambientales, familiares) de los alumnos marcan los elementos objetivos, mientras que el carácter subjetivo depende de la capacidad de brindar –y adquirir– ciertas representaciones simbólicas de identificación social (identidad nacional, de clase, de grupo).

No obstante, la “subjetividad escolar” puede ser analizada desde la perspectiva de “la importancia” que un estudiante le da a la asistencia a la institución. Allí surgen preguntas por todos conocidas: ¿para qué vengo? o ¿para qué me sirve? Colocadas en un contexto social específico, determinarían el carácter subjetivo de la escolarización. El “sentido de la educación escolar” puede cobrar así diferentes significados dependiendo de a quién se le pregunte y, sobre todo, del ámbito social en el que el estudiante se encuentre inmerso.

Un estudio necesario

En una investigación realizada entre fines de 2015 y principios de 2017, formulamos una serie de encuestas entre alumnos de 2º y 4º año de diversas escuelas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Por un lado, elegimos escuelas públicas y de gestión privada en los barrios de Mataderos y Villa Lugano para luego, por el otro, realizar las mismas encuestas en escuelas públicas y privadas en los barrios de Palermo y Belgrano. La intención estaba puesta en rastrear cómo aparecía el sentido de la educación entre alumnos de diversos distritos de la ciudad.

Las preguntas de la encuesta presentada a los alumnos de las diferentes

escuelas eran relativamente simples: sobre la estructura familiar, sobre qué otra actividad realizaban (si ayudaban en la casa, si trabajaban, si participaban de actividades recreativas o sólo asistían a la escuela) y sobre la distancia que debían recorrer para llegar a la escuela. Las preguntas centrales, sin embargo, rondaban en torno a saber por qué los estudiantes asistían a la escuela, cuál era la finalidad, qué los motivaba y qué cambiarían, qué pensaban hacer luego de terminar de cursar.

En el caso de los alumnos de los barrios de la zona norte (Belgrano-Palermo), hubo una primera diferencia a la hora de pedir los permisos correspondientes para llevar adelante la investigación. Mientras que en las instituciones privadas había más recelo y siempre se requería de algún conocido para poder ingresar y realizarla, en las escuelas públicas las limitaciones parecían tomar un carácter más burocrático (tener que presentar algún certificado y solicitar permisos formales a las autoridades correspondientes).

Los alumnos encuestados en esta primera zona, todos seleccionados al azar, resultaron tener padres (o al menos uno de los dos) que se desempeñaban como profesionales (en un 68%) y en un gran número de ellos, especialmente en los casos de padres separados, la madre ejercía como sostén del hogar. La mayoría afirmaba disfrutar de ir a la escuela y no vivía a mucha distancia de ella. Una abrumadora mayoría señaló que hacía algún deporte como actividad secundaria (un 61%) entre los que sobresalían rugby, fútbol o artes marciales (también entre las chicas). Un 8% realizaba más de una actividad además de la escuela y 22% simplemente contestó que no hacía nada más.

Cuando se les preguntó por qué asistían a la escuela, la respuesta fue en un 40% que iban para “aprender” (el porcentaje es mayor entre los alumnos de 2º año que entre los de 4º). Recibir una formación para el trabajo aparece segunda con un 22%, mientras que un

El 40% de los chicos del norte de la Ciudad dijo que va a la escuela para aprender; el 90% del sur que lo hace por obligación.

20% no tuvo una respuesta para dar. El concepto de asistencia por “obligación” o “para hacer amigos” aparecía en un porcentaje menor.

La pregunta inmediata que se presentaba con posterioridad al “por qué” estaba vinculada a la “utilidad”: ¿para qué te sirve venir a la escuela? Mientras que un 40% decía que asistía a la escuela para aprender, sólo un 27% manifestó que realmente servía para eso. Un 28% se dividía en partes iguales entre los que decían que servía para estar con amigos o hacer deportes en la clase de Educación Física. Mientras que otros, en menor proporción, aseveraban que servía para mejorar como personas o tener un mejor futuro.

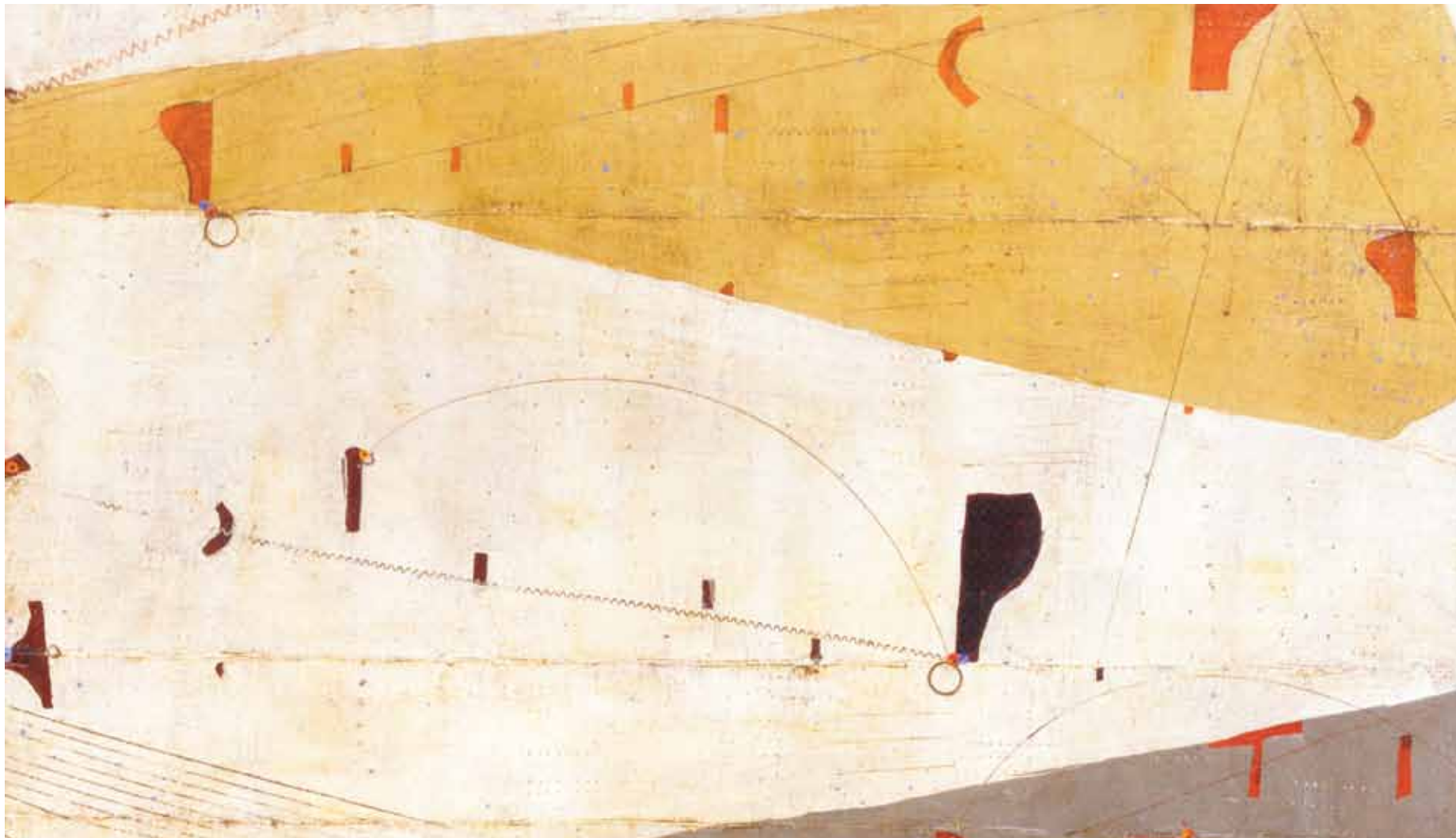
Finalmente, el cuestionario incluía una pregunta para saber qué cambiarían del sistema escolar. En su gran mayoría, los consultados presentaban du-

das o afirmaban que no cambiarían nada como opción más inmediata. Muchos pedían estar más con los amigos (socializando, tal vez) o pedían recreos más largos. También surgió el reclamo por el horario (entre la porción de la encuesta que se realizó en el turno de la mañana) y, en algunos casos que mostraron una disconformidad general, la respuesta era simplemente “cambiaría todo”.

En las escuelas de la zona sur (Mataderos-Lugano) se percibe una importante diferencia de extracción social entre los alumnos de la escuela privada y pública. Esta última (una de ellas del turno noche) contaba con alumnos de clase baja, provenientes de villas o barriadas pobres. En algunos casos, al menos los que lo manifestaron, a la hora de preguntarles por una actividad fuera de la escuela, la mayoría respondió que pasaba el tiempo con los amigos (un 58%), mientras que ayudar en la casa (un 19% en su mayoría chicas) o trabajar (15%) aparecían en forma más reiterada.

En el momento de preguntarles por qué asistían a la escuela, la gran mayoría (90%) marcó algún tipo de obligatoriedad. “Porque me obligan” fue la respuesta más repetida, mientras que la respuesta sobre la finalidad se dividió –entre los asistentes a la escuela pública– en aquellos que querían el título y los que asistían por mantener algún tipo de beca o asignación familiar. En el caso de la escuela privada, la respuesta también quedó dividida, pero entre los que querían obtener un título y los que creían que la escuela era “para hacer amigos”.

Al preguntar para qué sirve estudiar o si piensan que van a conseguir un trabajo cuando terminen la escuela, un 40% de los jóvenes de la escuela pública (todos de 4º año) respondió que ya trabajaba, y que esperaba el título para mejorar su condición laboral (todos lo hacían en condiciones de precariedad). El resto simplemente se mostró descreído o desinteresado sobre la posibilidad de que esto redunde en un puesto de trabajo. Sólo una estudiante reveló: “A mí me gustaría seguir estudiando Diseño”. En el caso de los estudiantes de la escuela privada, casi la totalidad respondió que no iba a conseguir trabajo “por como está el país” y la salida para muchos era continuar estudiando en la universidad o ayudar a los padres en sus trabajos (comercio o talleres). A la hora de preguntarles qué cambiarían, se dificultaba saber (especialmente en los estudiantes de la escuela pública) si se referían a cosas de la escuela o del →



Caio Fonseca, sin título, 1999 (Gentileza Christie's)

→ resto de su cotidianidad. La respuesta casi unánime, y no siempre en broma, fue “todo”.

Más allá de la encuesta

A pesar de que la encuesta proponía una serie de preguntas que podían responderse por “sí” o “no”, intentando obtener resultados medibles, se volvió inevitable que se filtrara en cada respuesta la voz de los estudiantes, lo que proporcionó información enriquecedora para la comprensión de experiencias individuales.

Las preguntas “¿por qué venís a la escuela?” o “¿para qué sirve la escuela?” dispararon múltiples respuestas. Uno de los alumnos de la escuela pública nocturna de Lugano contestó: “A mí el trabajo me lima [trabaja en una casa de comidas rápidas del centro], yo vengo para distraerme un poco, para estar con los pibes”. La conversación, que se desarrollaba en forma paralela a la encuesta, continuó: “Sirve para eso –respondió–, para estar con amigos. El título lo quiero para que me paguen más. Yo a los profesores digo que vengo para eso, que no me pidan más, pero algunos exigen mucho y yo no quiero trabajar más...”.

Cuando, producto de la encuesta, surgía la pregunta sobre qué herramientas les da la escuela, la mayoría respondía en forma abstracta: “Te enseña a ser mejor persona” o “Te enseña cosas para el futuro”, pero nadie podía dar ejemplos concretos, más allá de los que relacionaban con las prácticas ligadas directamente a la carrera que tenían planeado continuar. Muchas respuestas subrayaban: “Me gusta tal o cual materia porque me sirve para mi futuro”. Por ejemplo, una estudiante de una escuela privada de Mataderos decía que sólo le gustaba ir a la escuela “por la clase de Historia”, carrera que tenía planeado seguir en la universidad. Mientras que varios de sus compañeros

reconocieron que sólo les gustaba Educación Física (dos de ellos pensaban seguir el profesorado del área).

Entre los estudiantes de las escuelas públicas de Lugano y Mataderos, la posibilidad de continuar la educación superior se manifestaba (siempre entre los encuestados de 4º año) como un deseo contradictorio. Como ya dijimos, en la escuela nocturna de Lugano sólo una estudiante planteó su deseo de estudiar, mientras que en los establecimientos matutinos y vespertinos encuestados, los estudiantes que preanunciaban continuar en la universidad manifestaban el miedo a no poder afrontar la tarea o a la necesidad de tener que hacerlo trabajando. Dos alumnas del barrio de Mataderos que querían cursar la carrera de Derecho coincidían en que se iban a anotar en la Universidad de La Matanza: “No queremos hacer el CBC, es difícil, y encima es un año más”. Un compañero de ellas, que pensaba inscribirse en Psicología, confesaba que quería estudiar y trabajar, pero no sabía si podría con las dos cosas.

“La escuela no sirve para la universidad, después todo es diferente”, opinaba una estudiante de uno de los colegios públicos del barrio de Belgrano. Otra, basada en la experiencia de su hermana mayor, agregaba: “A ella le iba re bien en la escuela, pero ahora le está re costando”. Dos alumnos, uno del barrio de Mataderos y otro de Lugano (uno de escuela pública y uno de escuela privada), y dos de Palermo (ambos de la misma escuela privada) aseguraron que pensaban inscribirse en una universidad de gestión privada. ¿Los argumentos? “Son mejores”, o bien “Ahí vas, estudiás y listo”.

También la política se hizo presente. Sólo encontramos alumnos autodefinidos como “militantes” en las escuelas públicas de Belgrano (contaban con centros de estudiantes), no así en el resto de los establecimientos. Una de estas estudian-

tes planteó la necesidad de estudiar “para poder transformar el mundo”.

A grandes rasgos, el pesimismo respecto al futuro se expresaba en la frase “como está el país”. Todas y todos los que pensaban en trabajar sabían que no era fácil lograrlo, salvo en aquellos casos en que podían “ayudar” a alguno de sus padres en sus tareas. La respuesta genérica sobre que estudiar te sirve para el futuro entraba inmediatamente en contradicción o requería de un “seguir estudiando después” para profesionalizarse. Con la secundaria sola parece no alcanzar.

Tiempos de reforma

Pero ¿en qué consiste ese “todo” que hay que cambiar? Los requerimientos del mercado, de los organismos internacionales e incluso los proyectos políticos particulares planifican y determinan modificaciones en los programas educativos de los que suelen quedar desvinculados los propios actores, la voz de los trabajadores de la educación y de los estudiantes no es oída o, en el mejor de los casos, se pierde. Nos parece central abordar la problemática social del estudiante escuchando qué tipo de reforma piden, cuál es la orientación que debe tener la educación y cuáles son los nuevos roles que ellos y ellas están dispuestos a cumplir.

Es claro que la participación no debe circunscribirse a una encuesta (menos aún una que acepte, como en este caso, respuestas tan abstractas), pero sí fomentar talleres y espacios democráticos de discusión donde los protagonistas manifiesten sus necesidades y sus deseos haciendo audible una voz silenciada en las sucesivas reformas educativas.

La magnitud de estas encuestas, y el carácter parcial que éstas tienen en todos los casos, no nos deberían forzar a sacar conclusiones apresuradas. Sin embargo, es posible adelantar dos, si no conclusiones, al menos planteos a tener

en cuenta. Por un lado, sobre la importancia de desarrollar investigaciones que permitan comprender los sentidos que adquiere la educación en sociedades complejas como la nuestra. El siguiente planteo se refiere a la necesidad de realizar reformas (en el marco de un proceso de continuo cambio) que deben ser profundamente estudiadas y debatidas con la totalidad de los que hacen la vida escolar, ya que, de otra forma, se puede caer en errores tecnocráticos o en adaptaciones que, por “aceptar lo inevitable”, profundicen condiciones más degradadas en la formación escolar.

Es necesario tener en cuenta que al ser la escuela una institución tan fuertemente vinculada al contexto social en que sus estudiantes se desarrollan, éstos no están aislados de las condiciones económicas y sociales del entorno para su formación. Es necesario comprender que la mejor forma de llenar de sentido la educación –de modificar el elemento subjetivo que no halla respuesta en la cabeza de tantos jóvenes– está directamente ligada a la mejora de sus condiciones objetivas, la seguridad de un buen empleo, buenas condiciones de vida en el hogar, la igualdad de oportunidades frente al deseo de continuar una carrera universitaria, la defensa de derechos adquiridos y la conquista de los que aún faltan.

Es así, con una transformación en la orientación social de la educación y con herramientas concretas que permitan sostener esto en el tiempo (dentro y fuera de la escuela), que la escuela obtendrá sentido y, a su vez, se llenará de nuevo sentido con el trabajo conjunto de sus docentes y estudiantes. Es en ese punto en que el límite entre lo objetivo y lo subjetivo se vuelve difuso y se convierte en uno. ■

EQUIPO TÉCNICO DE LA SECRETARÍA DE INNOVACIÓN Y CALIDAD DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Tres cosas que motivan a los estudiantes

por Diego Herrera*

Por pedido de *La educación en debate*, el Equipo Técnico de la Secretaría de Innovación y Calidad Educativa del Ministerio de Educación de la Nación respondió, vía correo electrónico, algunas preguntas sobre el sentido que tiene la escuela secundaria para muchos de los adolescentes que la transitan.

¿Cómo se motiva a los estudiantes del nivel secundario?

Se podría decir que lo que más motiva son tres cosas. La primera es entender y sentir que pueden entender: si el docente se toma el tiempo de apoyar el proceso de construcción del conocimiento en cada estudiante, o logra que los estudiantes compartan lo que saben, se produce una sensación positiva respecto de la propia capacidad de aprender. En segundo lugar, es importante que el conocimiento tenga puentes con la vida, pero tal como la percibe el estudiante, no en términos de “aunque ahora no sepas por qué, esto un día te va a servir”. Esto significa que es deseable que los temas aparezcan vinculados más claramente a problemas o temas de interés de los jóvenes. Por último, la tecnología y su vertiginoso avance provoca y hace visible el aprendizaje en un entorno con más llegada para el hacer, que le permite al alumno poner en juego sus capacidades y su creatividad.

¿Varían las motivaciones de acuerdo a las características socioeconómicas de los estudiantes?

Sería difícil afirmar algo así sin recurrir a una investigación seria, basada en un buen número de casos. Intuitivamente es posible suponer que los estudiantes que enfrentan condiciones socioeconómicas más adversas están expuestos a más problemas que pueden distraerlos y volver más difícil que pongan toda su atención en el aprendizaje. También es posible que las representaciones sobre sus oportunidades a futuro estén más limitadas por sus experiencias de vida. Sin embargo, no se puede extender la idea de que la motivación presente diferencias en función del nivel socioeconómico de los estudiantes.

¿El estudiantado de las escuelas públicas está segmentado de acuerdo a condiciones socioeconómicas o las instituciones siguen recibiendo estudiantes heterogéneos? ¿Hay dos circuitos educativos en la escuela pública?

Las escuelas públicas atienden un sector de la población diferente del de las escuelas privadas, pero los estudiantes de las escuelas públicas siguen siendo heterogéneos en cuanto a experiencias culturales, lenguajes,

etcétera. La educación de hoy trata de trabajar con las capacidades de los chicos, incluyendo sus motivaciones, y está atenta a sus necesidades.

¿Existe alguna percepción de para qué los chicos van a la escuela? ¿Se diseñó algún dispositivo para recoger información sobre las motivaciones para estudiar?

Los chicos van a la escuela a partir de una percepción de que es un factor determinante para acceder a mejores oportunidades de desarrollo a futuro, en cuanto no disponer de un certificado de estudios secundarios completos es un obstáculo para obtener empleo. También existe cierta conciencia de que “la secundaria te prepara para la vida”. Hay estudios sobre las motivaciones, pero suelen ser locales y de ámbito restringido, por lo que no se pueden hacer afirmaciones que se apliquen a todo el país.

¿La escuela prepara para estudiar en la universidad? ¿Qué faltaría?

La escuela debería preparar para aprender y ampliar el universo de conocimientos de los estudiantes. En ese sentido, colabora con la posibilidad de continuar estudios. Sin embargo, el sistema universitario implica un tipo de responsabilidad del estudiante sobre su propio aprendizaje que podría fortalecerse desde la secundaria a partir de propuestas de enseñanza que desarrollen especialmente la autonomía y la idea de “aprender para mí” antes que “aprender para aprobar”.

¿Y prepara para el trabajo?

El trabajo hoy por hoy ha cambiado. Algunos rasgos de la propuesta escolar que llevan a formar una persona capaz de “hacer sin cuestionar”, “repetir sin crear” y “trabajar individualmente” hoy en día se ven como déficits desde el punto de vista de las capacidades necesarias para transitar situaciones laborales que demandan creatividad y capacidad de colaboración.

¿Qué cosas deberían cambiar en la escuela para que se convierta en un lugar más atractivo para los estudiantes?

Probablemente una mejor organización del aprendizaje alrededor de centros de interés y no tanto alrededor de las clásicas “materias”, y una forma de trabajo que permita a los estudiantes hacerse protagonistas y creadores de su aprendizaje, incluyendo un uso más intensivo de sus habilidades como “nativos digitales”. ■

*Licenciado en Ciencias de la Comunicación e integrante del equipo editorial de UNIPE.

MARTÍN SEGURA, DIRECTOR

“La secundaria es aburrida”

A la Escuela de Educación Secundaria N° 7 “La Colina” de Monte Grande, en el municipio bonaerense de Esteban Echeverría, concurren más de mil estudiantes de distintos barrios populares de la zona: La Linda, La Victoria y La Antena. Además de cubrir los turnos mañana y tarde, la institución ofrece un bachillerato para adultos en el turno vespertino. “En general, el nivel socioeconómico de nuestros estudiantes es bajo y, en algunos casos, hay situaciones de vulnerabilidad. Hay pocos hijos de trabajadores formales y muchos hijos de cooperativistas de la zona”, sostiene Martín Segura, abogado, profesor de Historia y director de la escuela.

Desde el año pasado, de acuerdo con el directivo, se nota un deterioro significativo en las condiciones de vida de la población: bajó el consumo en el buffet de la escuela, creció la demanda de entrega gratuita de artículos de librería y hasta hay estudiantes que no tienen ropa adecuada para la época invernal. “Dejaron de venir fondos de los programas de la Nación, que servían para subsanar un poco estas situaciones. En los barrios también se dieron varios casos de incendio, por el uso de calentadores en reemplazo del gas”, afirma Segura.

Entre los alumnos de los primeros años cuesta más encontrar motivaciones claras para concurrir a clase. En ese segmento, se encuentran los mayores índices de repitencia. “A partir de cuarto o quinto –señala el director–, los chicos ven a la escuela como un lugar de pertenencia y de encuentro”. La falta de sentido que experimentan muchos adolescentes tiene que ver, según Segura, con que, desde lo pedagógico, “la escuela secundaria es aburrida”. Y agrega: “Seguimos teniendo el pizarrón, los pibes mirando para adelante y bloques de dos horas. Hasta a uno le cuesta quedarse dos horas quieto si va a una conferencia o a una charla. Los formatos son poco flexibles y no se le ha encontrado una vuelta al tema de la repitencia”. No obstante, también están los estudiantes que siguen viendo en la escuela una oportunidad que sus padres no tuvieron.

Una manera de generar entusiasmo entre los jóvenes es la implementación de actividades a contraturno, que rompan con la rigidez del formato áulico. Hace varios años, en La Colina se puede obtener el título de Asistente en Informática, cursando a contraturno desde 4° hasta 6° año. Se trata de una preparación para el mundo del trabajo, en el marco de lo que, en 2006, la Dirección de Educación Polimodal llamó Itinerarios

Formativos. Además, en 2016 la escuela implementó el Programa de Capacitación Laboral de Alcance Nacional (CLAN). “Se les da a los chicos algún curso y se les entrega una certificación. La oferta es muy amplia y variable: desde idiomas y cuestiones contables (que ofrecemos en nuestra escuela) hasta reparación de bicicletas”, explica Segura. Los sábados también funciona el programa bonaerense de Patios Abiertos, un espacio en el que se realizan actividades recreativas, deportivas y artísticas.

“Para los pibes del turno mañana es más sencillo realizar actividades a contraturno, pero a los de la tarde se les complica un poco más. A veces las ganas de participar están, pero se interpone el tema familiar: tienen que cuidar a los hermanos o llevarlos a la escuela. Además, los pibes más grandes muchas veces empiezan a trabajar”, analiza el directivo. Tampoco es fácil poner en funcionamiento actividades extraescolares: es necesario organizar un espacio físico escaso y compatibilizar horarios con las clases de Educación Física.

Para muchos de los alumnos de La Colina, terminar la secundaria representa un logro en sí mismo. De acuerdo con Segura, hasta 2015 había estudiantes que pretendían seguir estudios universitarios, terciarios o tecnicaturas, pero ese horizonte se habría desdibujado en los últimos años. “Mal que me pese –se lamenta–, muchos se vuelcan a cuestiones laborales que tienen que ver con las Fuerzas Armadas y de Seguridad. Esto se ve mucho más ahora porque es una salida laboral concreta y no hay una gran generación de empleo en el distrito”. Para jóvenes que se ven obligados a participar del sostenimiento familiar, los estudios superiores representan un emprendimiento de magnitud que no es fácil llevar adelante.

Según el directivo, la flexibilidad con las inasistencias puede ayudar a que los estudiantes sigan sus estudios. Sin embargo, el posicionamiento pedagógico de algunos docentes dificulta el margen de acción de la institución: “Hay quienes están parados en un paradigma anterior, en el que la escuela media no era para todos. Una vez llegaron a quejarse de que había 40 chicos en 6° año. Bueno, ésa es la inclusión”. Segura insiste en que el formato de la educación media tampoco ayuda a la hora de motivar a los jóvenes: “Quizá haya que implementar un régimen cuatrimestral, que les permita ver a los pibes que a mitad del año ya tienen algo aprobado”. ■

D.H.

BLANCA TARNOWSKI,
PROFESORA

“No podemos despertar interés”

En la localidad de Wanda, Misiones, viven unas 15.000 personas. Está a 55 km de las Cataratas del Iguazú y algunos turistas se acercan para visitar su mina de piedras preciosas. Durante muchos años, la Escuela Normal Superior (ENS) N° 9 fue la única secundaria del lugar, pero durante la década pasada surgieron otras tres. “Tenemos una población social y económicamente media y media baja. Las familias con un poco más de poder adquisitivo envían a sus hijos a escuelas de gestión privada”, afirma Blanca Tarnowski, quien desde hace 16 años se desempeña como profesora en la ENS N° 9. Allí dicta varias asignaturas: Formación Ética, Ciencias Políticas, Derecho y Proyectos de Investigación.

¿Asiste población rural a la ENS N° 9?

Muy poco. Básicamente ellos van a las Escuelas Familia Agrícola (EFA), que son católicas. Hay muy pocas agrotécnicas públicas en Misiones. En Wanda, no hay ninguna.

¿La escuela ofrece actividades a contraturno?

Hace un tiempo se están implementando los Centros de Actividades Juveniles (CAJ). Es un programa de la Nación en el que los sábados por la mañana o a contraturno se realizan talleres ligados con deporte, música, danza o ecología. Son talleres abiertos para los chicos de toda la comunidad. También la provincia ofrece el Programa Escolar de Reingreso (PER) para que los alumnos que han repetido o abandonado 1° o 2° año puedan hacer las materias adeudadas e incorporarse el año siguiente al sistema educativo.

¿Qué motivaciones encuentran los estudiantes para ir a la escuela?

Uno daría por sentado que como el secundario es obligatorio, los chicos en-

tienden que deberían estar en la escuela. Pero evidentemente no estamos pudiendo despertar en nuestros alumnos las motivaciones o el interés por el estudio. Una parte de ellos están tirados en la mesa y no quieren hacer nada. En otros casos se nota que realmente ven en el estudio una posibilidad de salir adelante, de superar la situación de sus padres que no pudieron estudiar.

¿La perspectiva de un futuro mejor en algunos casos le da sentido a la escolaridad?

Sí, pero también percibo que la motivación tiene mucho que ver con los vínculos, con los amigos. Les gusta estar en la escuela para estar en contacto con otros jóvenes. Cuando llueve, muchos dicen que no quieren faltar. Aunque a veces no quieren hacer nada, quieren estar en la escuela. A veces prefieren estar acá antes que en la casa. Tenemos muchas situaciones familiares graves, como abusos o conflictos constantes. La escuela en esos casos funciona un poco de contención o de escape.

¿Qué piensa hacer la mayoría de los estudiantes cuando termine la escuela?

Los que eligen la modalidad técnica de Gestión en Organizaciones salen mejor preparados para el mundo laboral. Tiene talleres específicos y, a fin de año, los alumnos de 6° año tienen prácticas profesionalizantes en empresas, comercios o instituciones del gobierno. Los que eligen el bachillerato piensan más que nada en seguir tecnicaturas. Por una cuestión económica buscan ofertas en un radio de 40 o 50 km. Muy pocos se van a Posadas o a otros centros donde están las universidades. Sólo está cerca la Universidad de El Dorado, a 60 km, pero tiene muy poca oferta. También hay un número interesante que se va a las Fuerzas de Seguridad.

¿Qué puede hacer un docente para que los estudiantes le encuentren más sentido a la escuela?

En una de las materias trabajo con proyectos de intervención en la comunidad y estamos yendo a escuelas primarias. Cada grupo de alumnos presenta talleres de Ecología, contra el *bullying*, o de primeros auxilios en algún año de la primaria. Si al alumno se le presenta una propuesta clara que lo saque del aula, se consiguen cosas interesantes. ■

D.H.

MAX SUEN, ESTUDIANTE

Más formación intelectual

“Unas de las mayores motivaciones para ir a la escuela es mi tarea como vocero del Centro de Estudiantes. Al margen de eso, me motiva el encuentro con mis compañeros. Obviamente el aprendizaje importa, pero no es lo que más me hace levantar con ganas”, dice Max Suen, estudiante de 5° año de la Escuela de Enseñanza Media N° 1 Julio Cortázar del barrio porteño de Flores. También destaca el crecimiento personal que consiguió en la escuela y que “sería alguien muy distinto si no estuviese escolarizado”. Aunque, a su vez, mantiene una mirada crítica del sistema educativo: “Termina siendo una herramienta de los poderosos para formarnos dentro de nuestra misma clase y para hacer cosas bastante acotadas, que no tienen tanto que ver con el desarrollo del pensamiento sino con formar maquinitas. Es lo que más criticamos a la nueva reforma educativa”.

Con respecto a la preparación para estudios superiores, Suen cree necesaria una mayor conexión entre universidad y secundaria. “Podrían acompañarnos a

buscar opciones o, por lo menos, que se nos informe mejor”, opina. Esta falta de articulación, según Suen, conspira contra las posibilidades de los estudiantes con menos recursos: “Hay otros colegios con población más vulnerada y los chicos a veces tienen muchos más problemas a la hora de acceder a la educación porque no tienen buena alimentación, transporte, viven muy lejos, tienen que trabajar, etc. Si están desenganchados del secundario, muy difícilmente puedan continuar estudios superiores”.

“El sistema educativo –opina el estudiante– en cierto punto prepara para el trabajo pero no lo hace a un nivel tan extremo como creemos que se busca con la Secundaria del Futuro”. El año pasado, en oposición a esa reforma, los alumnos tomaron la institución durante 20 días: “En ese espacio debatimos sobre cuál es el tipo de educación que queremos. Lo que más salía no era una educación que forme laboralmente, sino que forme intelectualmente. No creemos que la escuela deba prepararnos meramente para el mundo laboral, sino formarnos como individuos”.

Suen también proyecta una escuela diferente: “Sería bueno si se implementase en la currícula un tiempo para que podamos elegir determinadas clases o talleres que nos motiven individualmente. En la escuela hay que estar en un curso con las personas que te tocan. Tal vez en otro tipo de actividad se generaría un encuentro con gente con la que tenés más cosas en común”. ■

DH.

Saber para qué

“En el Club de Jóvenes y Chicos se trabaja a partir de las motivaciones y gustos de los participantes y suele priorizarse el deporte y el arte. Llevamos adelante talleres de circo, danza, plástica, yoga, lectura y escritura, y deportes. Los recorridos de los chicos a veces son cortos, pero las intervenciones generan oportunidades. Recuerdo haber ayudado a armar currículum y preparar a jóvenes para entrevistas laborales. Hay chicos que quizás no están integrados en la escuela, pero vienen al espacio de los sábados con ganas de jugar, pasarla bien y hacer actividades. La forma en que se abordan las materias en la mayor parte de la educación formal no sirve mucho y podrían tomarse elementos de nuestra experiencia. Algunas secundarias están empezando a trabajar por proyectos. Me contaban que en un colegio hicieron un barquito a control remoto e intervenían todas las áreas. Es algo mucho más integrado, que desplaza eso de hacer algo sin saber para qué. Trabajar a partir de un proyecto hace posible traer información cuando se la necesita y se obtiene una atención distinta. Creo que ahí es donde tiene que cambiar la cosa”. (Marcelo Lonzi, coordinador del Programa de Club de Jóvenes y Chicos –Saavedra–, dependiente de la Subsecretaría de Equidad Educativa de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires)

UNIFE Editorial Universitaria se propone construir un catálogo sustancioso para la formación integral de docentes, investigadores y lectores interesados en problemáticas actuales e históricas del campo educativo en particular y de las ciencias y las humanidades en general.

u: unipe
editorial
universitaria

COMUNICACIÓN
UNIFE

unipe
Universidad
Pedagógica
Nacional

www.editorial.unipe.edu.ar

Staff

**UNIFE: Universidad
Pedagógica Nacional**

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Universitaria

Directora editorial
María Teresa D' Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera